



Los seres extraños

Ana María Shua

Ilustraciones de Poly Bernatene

loqueleo

Sobre los seres extraños

Por alguna razón, a las personas no nos alcanza con la realidad. Necesitamos vivir una parte de la vida en el mundo de nuestra propia imaginación. Eso pasa todavía hoy y también es parte de la historia de la humanidad. No hay ningún pueblo sobre la Tierra que no haya creado sus monstruos, sus fantasmas, sus seres extraños, algunos terroríficos, otros simplemente inquietantes.

A veces, basta con que alguien sea diferente para que la fantasía de la gente se ponga a trabajar. Ahora ya no existen los juicios contra las brujas ni las queman en la hoguera, pero... cuántas veces los vecinos miran con desconfianza a una pobre vieja que vive sola y les da de comer a los gatos.

En este libro hay tres cuentos que tienen que ver con formas de posesión demoniaca: uno viene de los indios algonquinos del Canadá, otro es un cuento coreano y el tercero es un cuento cosaco. Se trata de pueblos muy diferentes y alejados entre sí, que probablemente no estuvieron nunca en contacto. ¿Cómo puede ser que se les hayan ocurrido ideas tan parecidas? Para mí, hay dos explicaciones:

1) *En todo el mundo existen los demonios que pueden entrar en el cuerpo de una persona y apoderarse de su mente.*

2) *Hay dos situaciones terribles que los seres humanos no pueden aceptar, hasta el punto de que ninguna explicación racional les basta: la muerte de una persona joven y la locura.*

Personalmente, yo creo en la segunda explicación. Todavía hoy, con todos los avances de la medicina, la locura es una enfermedad aterradora y muy difícil de controlar. No es nada raro que en otras épocas la gente haya tratado de explicarla con la idea de la posesión. Y, por otra parte, hoy como siempre, que una persona joven muera por enfermedad es algo tan espantoso y destructivo para su familia que se puede entender cómo en otras épocas se les echaba la culpa a los demonios.

Yo creo que los fantasmas dan más miedo que los monstruos, pero aquí van a encontrar algunos realmente temibles. Los monstruos dan más miedo cuanto más humanos son, porque no hay nada tan amenazador como algo conocido y cercano que se vuelve peligroso.

Todos estos seres extraños y algunos más van a encontrar en este libro. Léanlo con cuidado, ciérrenlo bien cuando terminen y, por las dudas, no se olviden de ponerle algo bien pesado encima cuando se vayan a dormir.

EL VAMPIRO Y LA SUERTE

UN CUENTO COSACO

Todo lo que le pidió el pobre hombre a su vecino fue una moneda de plata. Una sola. Y prometió devolvérsela aunque para eso tuviera que trabajar hasta hacerse viejo. Pero el vecino rico no estaba dispuesto a entregar dinero en préstamo sin garantías. Ni siquiera una sola moneda.

—¿Y quién me asegura que voy a recuperar mi dinero? —preguntó.

El pobre sabía que, en su condición, nadie iba a querer servirle de garante. Miró a su alrededor y lo único que encontró para ofrecer fue un cuadro viejo: el retrato de una mujer muy elegante, que colgaba en la pared de su ruinoso cabaña.

—Quédate con el cuadro hasta que pueda devolverte el dinero —propuso.

—Ese cuadro no vale nada —dijo el rico.

Y entonces, para enorme sorpresa de los dos, se escuchó la voz de la dama del retrato.

—Soy la Suerte —dijo—. Y, si ese hombre no puede devolvarte el dinero, yo te lo pagaré.

El rico se llevó el retrato de la Suerte.

El pobre, muy contento, se quedó con la moneda de plata.

Y la Suerte cumplió su palabra. Le devolvió al hombre rico su préstamo de mil maneras, como sólo ella puede hacerlo. Le dio salud para sus hijos, hizo crecer sus rebaños, trajo buen tiempo para sus sembrados y aumentó las cosechas.

Pero el rico no se dio cuenta de lo que estaba ocurriendo. Él sólo entendía de números y, cuando pasó el tiempo convenido, fue furioso a la casa del pobre a exigirle su moneda de plata. La esposa del pobre lo recibió llorando: su marido había muerto.

El vecino rico volvió a su casa en un estado de furia descontrolada. Descolgó el retrato de la pared y lo sacó de su casa a patadas. Lo tiró a un charco y lo pisoteó.

—¡Maldita Suerte, devuélveme mi moneda! —gritaba.

Un muchacho que pasaba por ahí le preguntó por qué atacaba así ese cuadro tan bonito. Cuando supo la historia, quiso llevárselo.

—Sólo te lo daré por una moneda de plata —dijo el hombre rico—. ¡Eso es lo que me costó!

El muchacho era hijo de un carpintero. Una moneda de plata era muchísimo para él: los ahorros de toda su vida. Sin embargo, corrió a su casa, trajo el dinero y com-

pró el retrato. Lo limpió, lo arregló y lo colgó en la pared de su cuarto.

No quieran saber cómo pasó el hombre rico el resto de su vida. Sólo les digo que nunca, pero nunca más, tuvo a la Suerte de su lado. Y no hay riquezas que puedan compensar la falta de ésta.

Boris, el hijo del carpintero, tenía tres tíos que eran ricos comerciantes. Todos los años hacían un viaje al extranjero para vender sus mercancías en algún país lejano. El muchacho, que tenía muchas ganas de viajar y conocer el mundo, les pidió un día que lo llevaran con ellos.

—Pero en nuestros barcos sólo pueden viajar los que lleven algo para vender —le contestaron.

—Yo puedo hacer muchas tablas de madera y llevarlas para vender en el extranjero. ¡Buenas tablas, bien lisas y cepilladas!

Los tíos se rieron de tanta inocencia. Boris nunca había viajado. Tablas de madera hay en todas partes, ¿qué sentido tenía llevarlas para vender? Pero, como sabían que su sobrino era muy buen muchacho, decidieron llevarlo de todos modos, con tal de que no trajera más tablas de las que podía cargar, para que no ocuparan mucho lugar en la bodega. El hijo del carpintero trabajó y trabajó, y finalmente se embarcó con seis preciosas tablas de madera lustrada... y el retrato de la Suerte.

Navegaron durante varias semanas y habrían llegado a destino si no hubiera sido porque una terrible tormen-

ta les hizo perder el rumbo. De pronto se encontraron en la costa de un reino desconocido.

En ese reino había sucedido una gran desgracia de la que pronto se iban a enterar, para su mal. El zar tenía una hija tan hermosa como no existen ni siquiera en los cuentos. Un día de mucho calor la hija del zar fue al río a bañarse. Antes de meterse en el agua, se sacó un talismán que llevaba siempre al cuello, para protegerse de los espíritus malignos. Apenas se zambulló, un demonio entró en su joven cuerpo.

La muchacha volvió del río rodeada de sus amigas, que la sostenían porque ya no podía caminar. Una enfermedad muy grave se había apoderado de ella, tan terrible que ni siquiera se puede mencionar su nombre. Rápidamente la aislaron, para que nadie la viera, excepto los médicos que intentaban curarla. Llamaron a los hombres y mujeres más sabios del reino, pero todo fue inútil. En pocos días la hija del zar empeoró más, y más, hasta que murió.

Su padre y su madre lloraron desesperados sobre su cadáver. La madre, enloquecida, se abrazó a lo que quedaba de su hija y no permitió que la enterraran. Entonces, poco a poco, empezaron a darse cuenta de que ése era un cadáver muy extraño. El cuerpo estaba frío y rígido, y no respiraba, pero tampoco se pudría. La princesa estaba muy blanca, pero, si la pinchaban con una aguja, salía sangre. Los ojos no tenían la mirada de la vida, pero tam-

poco eran ojos de muerte. Y la segunda noche, mientras sus padres la velaban... Sólo ellos supieron lo que pasó esa segunda noche y estaban muy contentos de estar vivos para contarlo. Se salvaron escapándose a tiempo y encerrándose en su propia habitación. Corría el rumor de que otros en el palacio no habían tenido tanta suerte.

Los padres decidieron colocar a su hija dentro de un ataúd y dejarla en una de las habitaciones del palacio. Lo que habían visto esa noche no podía ser obra de un ser humano. El zar quiso que se informara a toda la población que le daría la mitad de su poder y su reino a quien fuera capaz de revivir a su hija y expulsar al demonio de su cuerpo.

Al principio se presentó tanta gente que los zares se permitieron el lujo de elegir. El primero que pasó la noche encerrado con la princesa muerta fue un príncipe. El segundo fue un noble caballero y después lo intentó un conde. Al final, ya sólo se presentaban los mendigos. Por la mañana retiraban los cadáveres. Todos tenían el mismo aspecto: las ropas desgarradas, golpes y heridas en todo el cuerpo, como si hubieran luchado para defenderse. Pero eso no era lo más aterrador. Lo que le quitaba a cualquier aventurero las ganas de medirse con el demonio era el peso de los muertos. Los cadáveres resultaban asombrosamente livianos. Los rasgos habían cambiado, como si hubieran envejecido de golpe en una noche. La piel, casi pegada a los huesos, aparecía arrugada y esca-

mosa. Los cadáveres que los servidores se llevaban de la habitación de la princesa estaban secos, completamente secos. Alguien o algo les había bebido del cuerpo hasta la última gota de sangre.

Llegó un momento en que ni siquiera los más miserables mendigos querían atreverse a pasar la noche encerrados con la muchacha en su ataúd. Pero los zares se habían dado cuenta de que para seguir subsistiendo en ese estado, entre la vida y la muerte, la joven necesitaba la sangre que bebía cada noche. Siguieron alimentándola con los condenados a muerte y después con otros prisioneros. Y al fin, harto de ver morir a sus propios súbditos, el zar decidió que todo extranjero que llegase a su reino tenía la obligación de pasar una noche con la princesa.

Los tíos de nuestro amigo habían llegado en un momento poco afortunado.

—¿Quién será el primero en hacer la prueba? —preguntó el zar.

Y viéndolos temblar de miedo, porque ya se habían enterado de todos los detalles de la historia, su esposa agregó:

—No teman, amigos. Piensen en el premio extraordinario que se llevará el que logre salvar a mi hija.

Pero, en realidad, ya no esperaban nada. Sólo querían seguir alimentando a ese monstruo en el que todavía podían reconocer los rasgos de la pequeña a la que habían amado más que a nada en este mundo.

Primero les tocó a los marineros: fueron muriendo uno a uno. Y finalmente llegó el turno de uno de los tíos del muchacho.

—Sobrino querido —dijo el hombre—: Te daré todo mi barco con sus mercancías si tomas mi lugar.

—¡Ni pienso! —dijo el sobrino.

Pero entonces escuchó la voz de la Suerte:

—Lleva tus tablas y una canasta con peras. Con las tablas que trajiste en el barco, construyes un cerco a tu alrededor. Cuando ella se abalance para absorber tu sangre, vuelca la canasta de peras. La princesa se lanzará a recogerlas, y eso le llevará hasta el canto del gallo. Sobre todo, no se te ocurra mirar hacia arriba.

El muchacho siguió las instrucciones con toda exactitud. Al caer la noche, entró con sus tablas y su cesto de peras en la habitación donde estaba el ataúd. Se construyó una especie de refugio con las tablas y se dedicó a rezar sus oraciones. En el silencio de la medianoche, cuando Boris empezaba a quedarse dormido, lo despertó de golpe un crujido. Era la tapa del cajón que empezaba a levantarse lentamente. Lo que salió de allí, su aspecto, su olor, es algo imposible de describir. Lo peor era que todavía se podía reconocer en ese horror un recuerdo de la belleza de la princesa. El vampiro se abalanzó sobre el joven, pero al llegar a las tablas retrocedió. Los dientes de adelante le brillaban, ansiosos, largos, puntiagudos, listos para clavarse en la garganta de Boris. Entonces,

recordando las órdenes de la Suerte, el muchacho levantó el cesto de peras por encima de su cerco de tablas y lo tiró al suelo. Como impulsada por una fuerza que no podía controlar, la princesa se lanzó a recoger las peras. Cada vez que estaba a punto de llenar el cesto, Boris extendía el brazo y lo volvía a volcar. Así pasaron toda la noche hasta que, al primer canto del gallo, la muchacha volvió a meterse en su ataúd, se acostó y se quedó inmóvil. Así, dormida, y sobre todo con la boca cerrada, estaba otra vez tan hermosa como un ángel y el muchacho la contempló con pena antes de cerrar la tapa del ataúd.

Cuando los servidores del palacio vinieron a llevarse el cadáver seco y desfigurado, y se encontraron con Boris vivo y entero, no lo podían creer. Fue una noticia feliz que enseguida se supo en todo el reino.

A la noche siguiente le tocaba el turno al segundo tío, y por cierto no fue nada fácil convencer a Boris de que fuera en su lugar.

—Si antes tenía miedo, ¡ahora tengo terror! —decía el pobre muchacho—. De ninguna manera voy a pasar otra noche con un vampiro. Ustedes no lo vieron, no se pueden imaginar lo que es.

El pobre muchacho temblaba al recordar esa noche terrible y, por más que el tío buscaba argumentos y le ofreció dinero y mercancías, Boris estaba completamente seguro de que nunca más volvería al cuarto de la zarezna. Pero lo que no pudo su tío, lo pudo la Suerte, que

volvió a darle instrucciones. Esta vez tenía que llevar una cesta de nueces.

El chico sobrevivió una noche más, pero nunca iba a olvidar al cadáver viviente lanzándose contra las tablas, mientras sus ojos como brasas, rojos y ardientes, giraban en sus órbitas. El cuerpo de la princesa silbaba en contacto con el aire como un objeto de metal caliente al que se le echa agua fría.

Al día siguiente ya no era sólo su tercer tío el que le rogaba que se quedara. Todos los habitantes del reino querían que volviera a repetir su hazaña, y los zares, con la esperanza de que este joven desconocido lograra devolverles a su hija, ordenaron que lo encerraran otra vez con ella, a la fuerza si era necesario.

El muchacho se echó a llorar amargamente.

—Ojalá no hubiera nacido nunca —decía entre sollozos—. ¡Qué suerte tan desgraciada!

—No me ofendas —dijo la dama del retrato—. Dos veces te salvé, ¿por qué no confías en tu buena Suerte? Esta vez tienes que esparcir semillas de amapola a tu alrededor y toda tu ropa debe estar impregnada de incienso. Pero, sobre todo, llévame contigo. Apenas la joven deje su ataúd, salta adentro. Allí estarás seguro. Y, por más que ella ruegue y suplique, no la dejes entrar hasta que te diga “Esposo mío”.

Esa noche, cuando lo encerraron en la habitación, el muchacho llevaba a su Suerte consigo. Esparció las

semillas de amapola y encendió la varilla de incienso. A medianoche se desató una tormenta feroz, que hacía temblar las paredes del palacio. La varilla de incienso se apagó, las velas con las que se alumbraba cayeron al suelo, junto con los cuadros colgados en las paredes. En medio de la oscuridad más espantosa, el aire se pobló de murmullos, gemidos, gritos, crujidos y siseos, como si diablos y serpientes estuviesen allí. Entraba la primera luz gris del amanecer cuando la tapa del ataúd se abrió y salió otra vez la princesa, o mejor dicho, ese horror en que la princesa se había convertido. Una y otra vez se lanzó sobre el joven, extendiendo sus manos curvadas como garras. Pero una especie de círculo de poder protegía a Boris como un escudo invisible. La boca de la muerta estaba llena de una espuma espesa, amarillenta. Como si no pudiera verlo, daba vueltas por toda la habitación, buscándolo por los rincones. De un salto, el muchacho consiguió meterse adentro del ataúd, con el retrato de la Suerte dentro de su abrigo.

Guiándose por el olfato, la muchacha muerta llegó hasta el ataúd y Boris tuvo que soportar que se le acercara hasta casi tocarlo, mientras olía el aire a su alrededor.

—Estás ahí. Te siento —dijo ella.

Y de pronto, su voz cambió, se volvió cantarina y tierna, como debió de serlo en vida. La zarevna sonrió cálidamente, sin separar los labios, y por un momento fue hermosa y dulce otra vez.